

Carlos Mondaca

HAN pasado más de veinte años, toda una juventud, desde que nos encontramos por primera vez. La capital había alucinado al mozo provinciano, sustrayéndolo a sus ardientes valles elquinos y al Seminario de la Serena en donde sus padres ambicionaban consagrarle a la gloria del Señor. Nos conocimos a poco de su arribo a Santiago. Aun le encogía el relente de nuestra meseta santiaguina circundada de nieves; todavía daba la impresión de un recental tembloroso de no sentir el abrigo del vellón materno. Desde entonces, nuestros esquifes navegaron por parecidos mares. Los vientos de la buena como de la adversa fortuna encontraron en el mástil siempre intacto el pabellón de la amistad.

¡Y he de ser yo quien añada mi voz al coro de sus exequias! Yo que jamás imaginé que Carlos Mondaca me precediera ante la puerta muda. Se me ha pedido un estudio sobre su obra. Cuando las pupilas se nublan de lágrimas es imposible un examen desapasionado. Los amigos se reúnen en torno del poeta y le recuerdan. Es lo que intentaré hacer, piadosamente. No es posible comprender sus versos sin recordar la tormenta con que inició la juventud: su retiro de la fe católica. Criado en el seno de una piadosa familia, viviendo su adolescencia aprisionado entre los muros del Seminario, acuciado por el amor de su madre a aceptar las sagradas órdenes, después de un año de luchas interiores, de desgarraduras, de *mea culpa* y de alaridos al Señor, comprende que ha dejado de creer, que so pena de ser un sepulcro blanqueado tiene que dar a su madre y a sí mismo la pócima de la verdad. Desde entonces su alma

es un extraño templo: los fieles oran recogidos, divagan en el aire las notas del órgano, todos los cirios arden, balancean los monaguillos los fragantes incensarios; los rostros de los bienaventurados sonrien desde los vitrales, todo está dispuesto para la comunión, y el Dios desaparece. El Dios desaparece y todo ha quedado allí sin sentido y sin poder para cambiar. El alma del poeta es un templo que añora a la divinidad.

Ha de caminar huérfano del Padre celeste que jamás olvida; pleno de un misticismo que no alcanza a cuajar en fe, pero que palpita en sus versos e incuba nostalgias extrañas en los actos de su vida. Un pavor a la muerte le sobrecoge en todo instante. Si su razón le engañara, ¿qué cuenta iría a presentar al Dios de su infancia?

Como poeta se presenta en Santiago cuando ha cruzado ya los tanteos del principiante. Los versos de su primera juventud, a penas si los conocemos sus amigos más íntimos. Son balbuceos ingenuos que recuerdan a los viejos ases de la lírica española del fin del ochocientos. El Ateneo escucha su verso de hombre en que una personalidad definida encontró ya el registro adecuado a la calidad de sus acentos.

Aparece en un periodo de renovación de nuestra lírica. Muertos o callados los románticos que se llamaron Soffia, Matta y Eusebio Lillo; en el descenso de su carrera de vate y polemista Don Eduardo de la Barra; desconocido por los más el poeta máximo de aquella época, Pedro A. González, comienza una pléyade juvenil a remover temas, estilos y puntos de vista. A los nombres de Diego Dublé, Víctor D. Silva, Carlos Pezoa y Manuel Magallanes que ya repican en el campanario de las letras, se añaden los de Carlos Mondaca y de Max Jara, su compañero, colaborador y amigo.

En aquellos años, tan cercanos a su crisis religiosa, la nota grave es la que más se escucha. El raciocinio ha sustraído un sacerdote al culto. Por ello, siente más agobiadora la inmensa responsabilidad de su vida. Para lavarla de pecado la desea plena de unción, de bondad, de amor. De otra manera, no se-

ría digno de seguir usufructuando la gracia del sol y la dávida bendita de las cosas.

Bajo un mundo de ensueños abrumados los hombros,
por todos los caminos, de un asombro a otro asombro.
Por sendas que no alegran azucenas ni nardos,
como un rev consagrado con corona de cardos...*

Así comienza su etapa de hombre.

Los versos que publica en su primer libro *Por los caminos*, producidos entre los años 1900 y 1910, se estremecen aun con las ondas de su tragedia interior. Nunca se hizo la paz en esa linfa donde se hundió le piedra de la duda.

Para los que le conocíamos de cerca, era entonces un escolástico embriagado con los vinos de Francia. Ranan le alucinó. Le enseñaron el secreto de su técnica el pobre Lelian, Baudelaire, Mallarmé, Albert Samain y Francis Jammes. Como ellos, abominaba de la retórica, de la frase hecha; como ellos, gustaba de tañer su flauta a la sordina, atento sólo a los latidos del propio corazón. Pero si la forma de su lírica era esa, su espíritu continuó siempre amamantado de Aristóteles, de Santo Tomás y del agrio zumo del Kempis.

Es la misma época en que Rubén Darío alza tan alta como el mundo su voz pagana. Le admira Carlos Mondaca, pero jamás le sigue. Está situado en el extremo opuesto del arco; desconoce la alegría de vivir. ¿Por qué? El mismo responde:

Soy triste, porque aquel viento amable
que surgió del Oriente me bañó en su incurable
tristeza, y desde entonces no supe amar la vida...**

Hasta su visión de la naturaleza está empañada de amargura mística. Flores, árboles, trinos y montañas son para él prisioneros que se retuercen en el ansia de alcanzar a Dios. Cuando describe los campos por los cuales atraviesa su camino, en esa

* *Por los caminos*, pág. 11

** Op. cit., pág. 20,

poesía inicial del primer libro, canta a los álamos que son el *leit-motiv* de todos nuestros horizontes, con estos acentos:

Álamos que se yerguen en un éxtasis santo,
donde las brisas quiebran el cristal de su canto.
Altos álamos, tensos como un brazo hacia el cielo,
que orando por la tierra, le dan sombra y consuelo.
Álamos, faros, cruces, amor del peregrino:
oración de la tierra y gracia del camino! *.

De idéntico manantial brota su amor por los humildes. La lírica española y americana no nos tenía habituados a temas como los que Carlos Mondaca escoge al cantar el sapo y el asno. Es que ningún poeta antes que él llevaba grabadas tan hondas en su conciencia las palabras sublimes de los verdaderos iluminados: «Señor, yo no soy digno...» Porque se mira igualmente pequeño como ellos ante la grandeza de la vida, igualmente ignorante como ellos ante el misterio que nos rodea, exclama: hermano sapo y hermano asno.

Él colocó junto a estas poesías y bajo el rubro genérico de *Los humildes* un soneto que es muy poco citado y que a mi juicio es uno de los más hermosos y más profundos con que cuenta la lírica chilena. Es el titulado *Los Recuerdos*:

Son aves que se alejan en un vuelo
sin vuelta, los recuerdos... Y un momento,
queda en el corazón, como un lamento,
su aleteo de seda por el cielo.

Cuando tiende la noche el primer velo,
un recuerdo se va, pálido y lento...
—Hay aroma de flores en en el viento.—
Y lo vemos partir sin desconsuelo.

Alguna vez se piensa en los ausentes:
y una vaga inquietud llora su queja,
y hay un leve temblor sobre la fuente.

Y apagado el temblor, nada se siente:
pero en cada recuerdo que se aleja
vamos agonizando lentamente **.

* Op. cit., pág. 14.

** Op. cit., pág. 10.

Promediaba la primera década del siglo. El poeta había terminado sus estudios en el Instituto Pedagógico. El viejo diario *El Ferrocarril* le tenía como su redactor teatral. Carlos encuentra a la mujer con quien va a casarse:

Por la infinita noche de mi espíritu
cruzó el blanco destello de una aurora... *

Es el paréntesis iluminado de su vida. El que le incendia el corazón y en cuyas brasas encontrará calor hasta en la hora de la muerte. A Isabella van dedicados los cinco poemas recogidos en *Amorosas*, que culminan con la única nota jocunda de toda su obra: *Besos*, que es un hosanna de amor, de resurrección y de esperanzas.

Con Max Jara, penetra al mundo de las máscaras. Ambos trasponen primero la novela de Blest Gana *Durante la Reconquista*, que es estrenada con buen éxito en el Coliseo de la calle Arturo Prat. Luego llevan a la escena una obra original: *La Ahijada* y concluyen, aunque nunca llegan a representar, la dramatización de *Martín Rivas*.

* * *

Diez años pasan entre la publicación de *Por los Caminos* y su segundo libro, *Recogimiento*, diez años en que el poeta ha debido trocar su veste por la casaca del oficinista y la hopalanda del profesor. La Secretaría de la Universidad le acoge primero con protección cariñosa y en seguida le retiene tiránicamente. La sirve con extraordinaria lealtad. Le da íntegramente su inteligencia y su juicio recto. Profesa, además, en algunos liceos y después en la cátedra de literatura en el Instituto Pedagógico. Años de estudio, de lecturas incansables que depuran su gusto y le convierten en el crítico más riguroso de su propia obra. El ancho cauce por donde antes se derramara su verso, se angosta y se ahonda. Sólo el amor a sus hijos, a su

* Op. cit., pág. 73.

madre, el llamado de la amistad, son capaces de sustraerle a la función burocrática y pedagógica que le absorbe día por día. Es un curioso tipo de hombre de oficina, más atento a la consecuencia con los hombres que con las ideas. En realidad, las doctrinas le parecieron siempre endeble cosa al lado de la vida. Los rectores que fueron sus jefes, los Amunátegui y los Matte no han tenido jamás una inteligencia más clara y un corazón más leal a su servicio. Por desgracia, si la Universidad gozaba de un pro-rector de primer orden, la lírica perdía un gran poeta. Rara vez se escuchan sus sones y sólo dobla cuando vientos de tragedia la arrebatan. Es el momento de la *Elegía* «a la santa memoria de mi madre», lamento desgarrador de un hombre que quisiera libertarse del terror de lo desconocido, que quisiera tener fe, que quisiera sentir la esperanza de que se unirá a su madre en los campos de la eternidad.

En la lejanía más vaga
flota una dulce claridad.
¿Es una estrella que se apaga,
es un recuerdo que se va?

¡Es mi dolor, ¡pobre de mí!,
que no he podido eternizar!
—¡Limitación para sufrir
y pequeñez para gozar!—

¿Es que no tienen mis arterias
el fuego de tu corazón?
¿O son tan grandes mis miserias,
que no merezco tu dolor?...

Yo no sé, Madre, no sé nada!
Yo sólo sé que ya no estás;
que es infinita la jornada,
y que es inútil esperar.

Yo no sé nada. ¡No sé nada!
Muero en las sombras del vivir.
Tú que «viviste», sombra amada,
ven a decirme qué es morir.

Yo no sé dónde está el camino.
 Voy, aterrado de vivir,
 buscando a tientas un destino
 que no consigo definir.

Yo vivo, madre, eternamente,
 sobre el dolor del desamparo,
 aquel minuto de la muerte,
 cuando tus ojos se velaron.

¿Qué viste, madre, en el umbral?
 ¿Qué resplandor te deslumbró?
 ¿Qué inmenso arrullo maternal
 entre las sombras te adurnió?...

¿En la frontera de su imperio,
 te habló la muerte su verdad?
 ¿Dijo la vida su misterio?
 ¿Se iluminó la Eternidad?...

¿O era la nada? ¿Y tú la celas?
 Háblame, madre, sin piedad!
 Porque si tú no la revelas,
 ¿quién me diría la Verdad?...*

Tal vez no en los que él pensaba, sino en los de la lírica de nuestro pueblo irán juntos, unidos para siempre, en la misma elegía los nombres de Carlos y de su madre. Y acaso de todo lo que hemos escrito sus contemporáneos, de todos los poemas del alba de este siglo, la *Elegía* será uno de los pocos que conserve la memoria de las futuras generaciones.

Gemelo de esa elegía es el poema titulado *Cuando el Señor me llame*. Es su propia invitación a la muerte. Allí están sus acentos más íntimos, sus deseos inconfesados, su misticismo que él imagina triunfante en sus postreras horas, su bondad, su dulcedumbre que ya se ha purificado de todas las amarguras del sendero.

* *Recogimiento*. Págs. 19 a 21.

Recogimiento tituló a su última obra, y en verdad todo en él es solemne, recogido, grave. El poeta no gesticula, no levanta al aire la trompeta de su canto; sus palabras son leves y transparentes, se dijera que son apenas alas en que huyen volando las emociones en el esquivo silencio del atardecer.

* * *

De los años posteriores a 1920, sólo le conocemos una poesía. Es la *Elegía Civil* que recitó en un homenaje que ofrecimos las mujeres del Consejo Nacional a don José Maza. Se estremece en ella un sentimiento que se ignora en todos sus otros poemas.

Este poeta, conservador en el estricto sentido de la palabra, amante de la tradición, erudito de nuestra cultura, que había servido tan fervorosamente a la instrucción del estado y que la consideraba como una de las piedras sillares de nuestra república, sufrió angustias de muerte ante el derrumbe de las instituciones civiles; sufrió tanto más cuanto mejor comprendía la enorme dificultad de la reconstrucción. Pavor del porvenir, vergüenza de la pequeñez ambiente, repugnancia hacia el servilismo adulador, todo se unía en él para torturar su ya dolorido organismo. Las cuitas de la patria han apresurado su muerte tanto o más como las que de modo indirecto hubo de sufrir en las conmociones educacionales últimas. Desde entonces se encerró en su labor. Quiso ejemplarizar con su dedicación a la juventud a la que amó como verdadero maestro. Alejóse del mundo. Solo con los suyos y su austero deber. Lejos de todas las intrigas, lejos de todo contacto con los que medran en el torrente despeñado. Allí habla por última vez a su hijo en el lenguaje de la santa poesía, allí compone su *Elegía Civil* que suena ya a voz que en breve ha de tronchar la muerte:

¡Hijo mío! ¡Cien años laboró surco a surco!
Sangre del corazón fecundó la semilla.
Viento de tempestad abatió en un momento
la humildad del sembrado y el honor de la encina!

¡Pacían los ganados sobre sus cordilleras
y en manso caminar hasta la mar venían!
Pero malos pastores corrompieron las fuentes
y enturbiaron la vida.

¡Cien años, hijo mío, levantó su palacio
hacia el cielo infinito, junto a la mar bravía!
¡Pero qué aguas de muerte bañaron los cimientos,
qué vientos humillaron sus almenas erguidas!... *.

Demasiado cerca de su vida y de su muerte, carecemos de perspectiva para enfocar la imagen de este gran poeta. Los que vengan tras de nosotros han de ser sus jueces.

AMANDA LABARCA H.

* Esta poesía no ha sido nunca publicada íntegramente.